

www.puntodelectura.es

JOAQUÍN ESTEFANÍA

La mano invisible

El gobierno del mundo

*Para Ana, Vera, Carlota y Javier,
el nudo gordiano.*

Índice

PRÓLOGO. Mors tua, vita mea	11
CAPÍTULO I. El poder como conspiración	17
¿Qué es el poder?	17
Los poderes fácticos	20
Poder duro y poder blando	36
La revolución conservadora	38
Los más influyentes	61
Formas de liderazgo	65
La escalera del desarrollo	72
La responsabilidad social corporativa	79
CAPÍTULO II. Los hombres con dinero pueden comprar a los hombres con poder	109
Primero la zampa, después la moral	109
La democracia, en cuestión	118
Los anónimos poderes financieros	127
La concentración permanente	139
La economía ilegal	147
El fin de la historia económica	150
El poder de la desigualdad	164

CAPÍTULO III. La verdad mediática y la verdad real	175
Intelectuales y medios de comunicación	175
El espejo fiel del mundo	183
El Estado-nación y el Estado-red	194
CAPÍTULO IV. El hombre de Davos	199
Representaciones físicas del poder	199
La nueva economía	203
El poder de los <i>blogs</i>	210
Los que tienen tendrán más	219
Estados Unidos, el gran poder	221
<i>Epílogo</i>	233
<i>Bibliografía</i>	237

PRÓLOGO

Mors tua, vita mea

Un policía de aduanas observa a un camión que se detiene en la frontera entre dos países. Como le parece sospechoso, ordena al camionero que salga de la cabina y registra el vehículo. Mira meticulosamente la mercancía que va en la caja, retira las matrículas, los tapacubos y los parachoques, quita las alfombrillas y desencaja los asientos, pero no encuentra rastro de contrabando ni de drogas. El agente deja al camionero seguir su ruta.

Una semana después, el camionero vuelve a pararse en la frontera. El policía, mosqueado, vuelve a registrarlo de arriba abajo, pero tampoco encuentra nada ilegal. Durante años se repite la misma escena; el agente utiliza cada vez métodos más sofisticados y desmenuza en más trozos el vehículo antes de dejarlo seguir, pero no hay ninguna carga sospechosa.

Al cabo de toda una vida laboral el agente se jubila. Le toca hacer el último servicio y aparece el camionero en cuestión. Entonces se dirige al conductor con una cierta complicidad y le dice: «Sé que es usted un contrabandista, que pasa de un lado a otro mercancías ilegales, pero no tengo ni idea de cuáles son ni dónde las esconde. Me jubilo y le prometo que ya no haré nada, pero ¿no

podría decirme qué es lo que ha estado pasando y cómo?». «Camiones», responde el conductor.

Este cuento muestra que muchas veces la realidad se nos escapa a fuerza de tenerla delante de nuestros ojos. Buscamos contrabando donde no lo hay y las corrientes principales de la vida se nos escabullen en beneficio de las anécdotas y de lo menos importante. En el año 2000 publiqué un ensayo titulado *El poder en el mundo*, que es el origen de este libro, su eje central. Intenté hacer una aproximación a la genealogía del poder en la frontera de dos siglos. Recuerdo que entonces me impactó mucho la lectura de *La élite del poder*, un maravilloso estudio del sociólogo estadounidense Charles Wright Mills que se refería en 1956 a la poderosa minoría reinante en Estados Unidos, a esas jerarquías que ya entonces controlaban el Estado, las empresas económicas y el Ejército; ese triángulo acaparador del poder constituía el directorio que minaba el poder social de los ciudadanos. Con mucha más humildad intelectual —y limitaciones objetivas— me propuse hacer un ejercicio análogo sobre la genealogía del poder en la era de la globalización, que es el marco de referencia de estos principios del siglo XXI.

Un lustro después, algunas de aquellas tendencias —la concentración, las desigualdades, el encubrimiento de la realidad...—, todas ellas signos del ejercicio del poder, se han acentuado. La editorial Aguilar me pidió que profundizase en las mismas. Es un ejercicio basado en cierta impotencia personal: lo que no somos capaces de cambiar deberíamos por lo menos describirlo. Lo que significa en cierto modo una afirmación premarxista.

En *La edad de oro* uno de los personajes de Gore Vidal reflexiona: «No se imaginan que me he convertido en lo que yo siempre he odiado. ¿Qué es?: la falta de poder... Llevo muerto diez años. No estar en el poder es no estar vivo». Las alusiones al poder en toda clase de literatura, ficción y no ficción, son constantes. Hablar de la realidad sin aludir a las relaciones de poder es como escribir *Hamlet* sin el príncipe de Dinamarca. «¿Qué es el poder?», se pregunta Tolstoi al final de *Guerra y paz*, y le responde Carlos Fuentes en *La silla del águila* (ésta sí que es una novela sobre el poder político descarnado): llegar al poder «es como llegar a la isla del Tesoro [Stevenson]. Aunque te expulsen de la isla, nunca dejarás de añorarla. Quieres volver a ella, aunque todos, incluyéndote a ti mismo, te digan que no». Y Harold Pinter, al recibir el premio Nobel de Literatura de 2005, escandaliza a los bienpensantes con su discurso *Arte, verdad y política*: «La mayoría de los políticos, según las evidencias de que disponemos, no están interesados en la verdad sino en el poder y en conservar ese poder. Para conservar ese poder, es necesario mantener al pueblo en la ignorancia, que las gentes vivan sin conocer la verdad sobre sus propias vidas. Lo que nos rodea es un enorme entramado de mentiras, de las cuales nos alimentamos».

Nunca se otorga el poder a alguien que corra el riesgo de ejercerlo. Para obtenerlo, hay que conquistarlo. Y para esa obtención, la mayor parte de las veces el método consiste en negarlo. Muchos de los que ejercen el poder niegan tenerlo. Practican así una *mano invisible* que no tiene que ver con la que teorizó Adam Smith. Ocultan el poder, lo disfrazan, pero no lo sueltan. Terminado

este libro, conocí a través de la prensa el balance de un intercambio de opiniones de otros dos literatos comprometidos, Günter Grass y Claudio Magris, ambos premios Príncipe de Asturias de las Letras, sobre la verdad. Lo que conversaron tiene mucho que ver con lo que he intentado decir en estas páginas aunque, con seguridad, ellos fueron más brillantes. En este mundo de extrema pobreza y extrema riqueza, de tanta abundancia aparente de comunicación, los ciudadanos nunca han estado más desinformados que ahora. Es necesario buscar la verdad de los hechos y, además, hacerlo cuando realmente se necesita saber lo que ocurre; de nada nos sirve saber la verdad cuando ya no podemos utilizarla. Nunca como en estos momentos se dispone de más medios técnicos (los más importantes, concentrados cada vez en menos manos) para conocer y acceder, en tiempo real, a lo que sucede en cualquier lugar del mundo; pero nunca como hoy hemos vivido tan amenazados por la desinformación. ¿Cuáles son las causas de la misma, que permiten un ejercicio distorsionado y desequilibrado del poder?: que la verdad puede a veces ser acallada o incluso alterada, y la comunicación sometida a una sutil censura; que, aunque se diga en ocasiones la verdad y ésta se corresponda con los hechos, lamentablemente acaba ahogándose entre tanta cantidad de información mezclada con propaganda, entre tantos comentarios, versiones e interpretaciones, por lo que, al final, uno no sabe ya distinguir entre la categoría y la anécdota; que se emplea la técnica de alterar la verdad diciéndolo todo sin ningún orden, ni sentido, ni jerarquía de valores, lo que genera un ruido y unos perjuicios que hacen que, en el último

extremo, el ciudadano tenga la sensación de que no conoce la verdad.

Cuando uno quiere ocultar la verdad —un ejercicio espurio del poder—, lo primero que hace es dar a la gente una verdad distinta con el objeto de tenerla callada. Así consiguen que en demasiadas ocasiones los ciudadanos seamos como hámsters corriendo circularmente por la rueda. De lo contrario, empiezan a preguntarse si la verdad auténtica no estará escondida en alguna parte. Y eso no interesa. Así, hemos llegado a una sociedad más fría, más hostil a los débiles y sonriente con los pudientes, que se enmarca en un sistema político democrático. Difícil encontrar una trampa más sutil y mejor armada. Se usa el axioma del marqués de Sade, que decía que ser rico es alegrarse de tener lo que los demás no tienen, estar encantado de poseer aquello de lo que la mayoría está privada; no es tanto acumular para uno mismo como sustraérselo al otro. El dinero, el poder, sirve para comprar la distancia social con el fin de marcarla mejor. Como hacen los perros.

He intentado describir los hechos y las técnicas del ejercicio del poder sin caer en la práctica del panfleto. No me gusta el pensamiento binario, que tanto daño ha hecho al pensamiento progresista y que consiste en buscar una única razón para lo que acontece: colocar en un lado a los dominadores y sus cómplices, y en el otro a los dominados y sus intelectuales orgánicos con el fin de confederar el descontento bajo una misma bandera. La experiencia nos permite disponer de numerosas pasarelas entre uno y otro campo: los oprimidos pueden convertirse en opresores, y muy a menudo lo hacen. Entonces

aparecen las víctimas de las víctimas. De nuevo me remito a las palabras de Harold Pinter, hablando del teatro como sinónimo de la vida: «Hay que evitar a cualquier precio el panfleto como sustituto de la verdad. La objetividad es vital. Hay que dejar a los personajes que respiren a su propio aire. El autor no puede domesticarlos para satisfacer su propio gusto, su opinión o sus prejuicios. Tiene que estar dispuesto a acercarse a ellos desde muchos ángulos, desde un sinfín de perspectivas y posiblemente sorprenderlos alguna vez, pero siempre darles libertad de seguir su propio camino... La verdad verdadera es que no existe tal cosa como una verdad única en el teatro. Hay muchas. Esas verdades se buscan la una a la otra, se reflejan, se ignoran, se retan y son ciegas. A veces se tiene la impresión de haberla captado, pero se nos escurre de las manos y desaparece».

Es la mano invisible.

CAPÍTULO I

El poder como conspiración

«Todo poder es una violencia ejercida sobre las gentes».

MIIJAÍL BULGAKOV

¿QUÉ ES EL PODER?

Pocos conceptos tan polifónicos como el de *poder*. El Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia, lo define como «tener expedita la facultad de hacer una cosa» o «tener facilidad, tiempo o lugar de hacer una cosa». Desde esa definición tan simple, o tan compleja, hasta la clásica de Max Weber («el poder no es más que la capacidad de predecir con la máxima exactitud la conducta ajena») no hay más que un trecho cuyo atajo es comprender que hay poder siempre que exista una situación de desigualdad, sea ésta personal, social, sexual, geográfica o cultural. Poder es potestad, poderío, prepotencia, preponderancia, dominio, mando, privilegio, pero sobre todo superioridad: todo poder es una conspiración permanente contra el débil. Y cualquier ciudadano, hasta el más poderoso, es débil respecto a otro o a alguna situación. Sartre decía que «todos somos judíos

respecto a alguien». Éste es el principio de la misantropía, que justifica el racismo o la xenofobia. Para combatirlos, los humanos debemos poner en ejercicio toda nuestra racionalidad.

El poder evoluciona con el tiempo, adoptando en cada momento una faz diferente. Es distinto el poder en la era de la globalización que en el feudalismo o durante la creación de los Estados nacionales. A lo largo de la historia, las Cortes se han ido formando alrededor de la persona que ejercía o había conquistado el poder: el jefe de la tribu, el rey, el emperador, el líder, el dictador, el sacerdote, el mago, el dueño de la empresa, el golpista que se ha puesto al frente del ejército o el terrorista que con su violencia tiende a dominar las conciencias. Cada sociedad, cada institución política o social es una encrucijada de poderes que pugnan por imponerse unos a otros. Son vectores tirando en distintas direcciones para averiguar cuál de ellos es el más fuerte, porque no todos tienen el mismo éxito en sus pretensiones ni instrumentos de coerción equivalentes. Los más fuertes en una circunstancia pueden llegar a ser débiles en la siguiente.

Ésta es la secuencia de las revoluciones. Y de la evolución. En la lucha por el poder, que siempre es un proceso, los antiguos radicales devienen en los conservadores del día siguiente; los reformadores de un momento son arrastrados por la historia y devienen en la rémora del futuro. Un ejemplo plástico: el papel de Gorbachov en el transcurso de desintegración de la Unión Soviética (URSS); para sobrevivir políticamente —mientras lo consiguió— el último presidente de la URSS hubo de situarse en una posición de centro, acusando a los conservadores

de aventureros de derechas, y a los radicales de aventureros de izquierdas. La respuesta habitual a un ejercicio del poder es manifestar enfrentada otra posición de poder: un poder equilibrador. Todo ejercicio de poder, dice la doctrina sobre el concepto, genera un ejercicio generalmente similar y opuesto; cualquier manifestación de poder inducirá otra demostración de poder opuesta, no necesariamente igual. En la actualidad, los poderes sociales son sancionados por el siguiente fenotipo: hombre, blanco, heterosexual, acomodado, moderno y preferentemente norteamericano. El rasgo dominante de la sociedad a principios del siglo XXI es lo patriarcal, homofóbico, eurocentrista y capitalista. El resto de los grupos (mujeres, homosexuales, negros y demás gente de color, excluidos, etcétera) es reprimido con desigual fortuna y su acción pública tiende a reconstruir el poder homologado para imponer el suyo en cuanto sea posible. Así es más fácil entender la lucha de las mujeres o de los homosexuales por conseguir los mismos derechos que el resto; por ejemplo, la de las primeras por obtener unos sistemas de remuneración en las empresas equivalentes (o superiores) a los de los hombres, o la de los homosexuales para tener los mismos derechos civiles que los heterosexuales, incluido el del matrimonio.

Presiona todo aquel que tiene algo de poder; es decir, cualquiera. No sólo quien es caracterizado por la sociedad en términos generales como poderoso, sino también el que aparentemente no lo es; por ejemplo, los inmigrantes integrados en una sociedad respecto a aquellos recién llegados que pueden poner en cuestión su precario nivel de bienestar. El poder más clásico es el

que viene de la política, aunque a lo largo del texto veremos que en muchas ocasiones ya no es el más determinante, pero también presionan los financieros, los medios de comunicación, las patronales, los sindicatos, los militares, las Iglesias, los científicos, las organizaciones no gubernamentales (ONG), las instituciones de caridad y, en el escalón más bajo, cada uno de los ciudadanos con su voto o su abstención en unas elecciones a la Presidencia de Gobierno o, más simplemente, a la presidencia de su comunidad de vecinos. Poder es la facultad de hacer algo respecto a otro. Los llamados poderes fácticos, que cambian con el tiempo, son el conjunto de instituciones que tienen fuerza *de hecho* para influir en la política de un Estado; a los poderes fácticos tradicionales —la Iglesia, los militares, los banqueros— hay que añadir hoy otros muchos, como la judicatura, los mercados, los fondos de inversión, la prensa o las televisiones, los sondeos..., en muchos casos más determinantes que los primeros.

LOS PODERES FÁCTICOS

Abramos una reflexión sobre los poderes fácticos. Para ello hemos elegido la opinión que sobre los mismos se recoge en una publicación reciente, *La democracia en América Latina*, elaborada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en el año 2004. Aunque algunas de las reflexiones de ese estudio son estrictamente regionales, la mayor parte de las mismas sirve para un análisis global. Dicho ensayo tiene un corpus teórico sobre los poderes fácticos, que se sustenta en un

sondeo masivo (el Latinobarómetro) sobre las opiniones de los ciudadanos latinoamericanos acerca de esos poderes, y en un sondeo cualitativo, no menos interesante, de quienes son o han sido líderes políticos, económicos o de opinión de los países de América Latina (no se incluye a Cuba). La encuesta, realizada en mayo de 2002, tuvo un universo de más de 18.000 ciudadanos, cubriendo una población de más de 400 millones de habitantes. En cuanto a la parte cualitativa, se entrevistó de forma anónima a 231 personalidades, incluidos 41 presidentes y vicepresidentes actuales y precedentes. Veamos las síntesis de las respuestas.

Un problema tradicional ha sido el divorcio entre los poderes institucionales y los poderes fácticos: si bien los textos constitucionales otorgan gran peso al poder ejecutivo y una importante capacidad de acción al legislativo y al judicial, el poder real suele residir en instituciones a las que las normas asignan otras funciones (como fue el caso, en el pasado reciente, de las fuerzas armadas) o en grupos que no forman parte del orden político-institucional (familias tradicionales, grupos económicos y otros). La tensión entre poderes institucionales y poderes fácticos sigue estando presente en la realidad. Las fuerzas armadas son vistas como el factor de poder más importante en algunos países (Guatemala, República Dominicana, Ecuador, Chile, Venezuela...), aunque ya no lo son en los restantes países, incluyendo aquellos que experimentaron recientemente crisis políticas agudas (Argentina, Colombia o Paraguay). Este fuerte debilitamiento de las fuerzas armadas como factor político es una importante novedad para la democracia latinoamericana.

Se identifican tres riesgos principales que pueden amenazar el buen funcionamiento del orden democrático:

1. En los países más grandes y con tradiciones democráticas más arraigadas, las limitaciones tienen dos orígenes: en lo interno, la proliferación de controles institucionales inadecuados, así como la multiplicación de grupos de interés (en concreto, empresariales) que funcionan como poderosos grupos de presión; en lo externo, las limitaciones provienen básicamente del comportamiento de los mercados internacionales (en especial, pero no exclusivamente, los financieros), de la vigilancia de las agencias calificadoras de riesgo y del papel de los organismos internacionales de crédito.

En países más pequeños o con tradiciones democráticas menos arraigadas, también se destacan las limitaciones internas y externas, pero se describen de manera diferente. En lo interno se mencionan los grupos de interés (particularmente empresarios y terratenientes), pero los métodos empleados ya no son sólo *lobbies*, sino prácticas tales como la compra de votos y la «fabricación» de candidatos. En lo externo se mencionan la dependencia de los organismos internacionales de crédito, a la que agregan la desmesurada influencia de las empresas extranjeras instaladas en los propios países.

2. El segundo tema considerado es la amenaza del narcotráfico. La importancia que se asigna a este factor está directamente ligada al grado de desarrollo que tiene el fenómeno en los respectivos países.

El narcotráfico implica un doble desafío: es un desafío directo porque intenta controlar parte del aparato

estatal y trozos significativos del territorio, al tiempo que crea fuertes incentivos para las pasarelas de la economía formal a la informal. El narcotráfico crea también desafíos indirectos, entre los que se destacan dos: el primero es que, al atraer la atención del Gobierno de Estados Unidos, genera nuevas formas de presión externa que limitan aún más la esfera de acción de los gobiernos nacionales; el segundo tiene que ver con la corrupción: el *dinero sucio* tiene efectos devastadores sobre el comportamiento de una parte de los dirigentes políticos y sobre el funcionamiento de las instituciones.

3. El tercer factor al que se atribuyen limitaciones al poder de las instituciones son los medios de comunicación. Esta gran influencia de los medios es vista como parte del aumento de los controles que han permitido democratizar el ejercicio del gobierno, pero también como una restricción al proceso democrático. Los medios tienen la capacidad de generar agenda, de predisponer a la opinión pública a favor o en contra de diferentes alternativas, y de erosionar la imagen de figuras públicas mediante la manipulación de denuncias. En realidad, los medios siempre tuvieron mucha influencia y los políticos intentaron servirse de ella; lo nuevo, además de la mayor exposición del público a los medios, es que se ha salido de una época en la que estaban mayoritariamente vinculados a los partidos políticos y, en algunos casos, éstos ejercían un cierto control sobre aquéllos. Actualmente muchos medios se han independizado de las estructuras partidarias y han pasado a formar parte de grupos económicos no subordinados al poder político y con intereses muy diversificados.

Es muy sugerente ir a las *tripas* del Latinobarómetro y reproducir algunas de las opiniones particulares de los que allí se expresan. En primer lugar, ciudadanos con capacidad de influencia. El 80 por ciento de los consultados resalta el poder que han acumulado los empresarios, el sector financiero y los medios de comunicación en la última década. Ellos constituyen el principal grupo de poder que limita la posibilidad de decisión de los Gobiernos. El condicionamiento impuesto por los poderes fácticos a los regímenes democráticos favorece la percepción de que se cuenta con gobiernos y partidos políticos que no pueden responder a las demandas de la ciudadanía. «El gran poder fáctico de la incipiente democracia es el poder económico privado. Integrados por los grupos de presión que condicionan la conducta del presidente, de legisladores, jueces y otros funcionarios gubernativos y de la administración pública. Nosotros tenemos una democracia desvinculada del interés general y, fundamentalmente, vinculada a factores fácticos que terminan por oligarquizar la economía del país y cambiar el gobierno democrático por un gobierno plutocrático» (un político).

Los líderes encuestados subrayan que la relevancia del sector empresarial descansa en su capacidad de *lobby* frente a los gobiernos, defendiendo y promoviendo sus intereses y dirigiendo acciones políticas en su beneficio: «El Gobierno está al servicio de la empresa privada y de quienes toman las decisiones...; los multimillonarios son los que deciden qué es lo que se hace o se deja de hacer en el país» (un religioso); «El poder del dinero se convierte rápidamente en poder político, con capacidad de

limitar el poder político democrático» (un presidente de Gobierno); «Su capacidad de influencia se basa [...] en el hecho de que financian las campañas electorales» (un político); «El mundo empresarial tiene un poder muy fuerte. Como los empresarios toman las decisiones de inversión, y sin inversión no hay desarrollo y no hay crecimiento, tienen ahí un poder de veto [...] El poder de la dirección empresarial con sus capitales, y el poder de veto que conduce al desempleo, no cabe duda de que es muy fuerte» (un político).

En la opinión de algunos presidentes consultados, en el Cono Sur preocupa el peso de corporaciones que aparecen como un obstáculo para una democracia más amplia, por el otorgamiento de privilegios a ciertos grupos en un contexto de partidos débiles y de un Estado que debería ser más republicano. En países más pequeños, como los de Centroamérica, se señala la presión que ejerce el sector privado —ligado a una estructura oligárquica del poder— sobre el presidente y la cooptación de altos funcionarios, que permite a algunos de los consultados hablar de un proceso de *captura del Estado*.

El director de la fundación norteamericana W. P. Carey, William Polk, ha escrito que en la actualidad algunas empresas multinacionales se hacen con los recursos disponibles, despliegan ejércitos de trabajadores y dirigen enormes organizaciones burocráticas bajo el control y la supervisión de directivos que a su vez obtienen información de amplias redes de servicios de inteligencia; capaces de invertir —o transferir— magnitudes de capital superiores a las de muchos países, se hallan en disposición de intimidar a potencias de rango inferior,

interferir el rumbo de sus mercados monetarios, influir en su electorado. Responsables únicamente ante sí mismas, poseen una mayor flexibilidad y ductilidad que los gobiernos formalmente constituidos y, de hecho, en estos últimos años da la sensación de que prácticamente son dueñas de los gobiernos de los países donde operan. Muchos creen, concluye Polk, que son los auténticos gobernantes del mundo. Sin embargo, el profesor de Historia de la Universidad de Harvard, Nial Ferguson, matiza este poder: ha habido en la historia ejemplos de compañías que han ejercido el poder de forma tan directa y con tanto éxito que se han convertido ellas mismas en Estados: la Compañía Inglesa de las Indias Orientales es la más famosa; ninguna multinacional de hoy se acerca a tener el poder de esa compañía en la época en que gobernó la mayor parte del subcontinente indio, pagando uno de los mayores ejércitos del mundo (y una de las mayores deudas empresariales), anexionándose implacablemente territorios y recaudando impuestos de sus habitantes. Las multinacionales de hoy ejercen el poder de manera indirecta; salvo en esas regiones del mundo en que el poder estatal se ha venido abajo o es cuestionado de pleno (los denominados Estados fallidos), prefieren coexistir con los gobiernos, más que sustituirlos.

La estrecha vinculación entre grupos económicos y medios de comunicación es destacada por la mayoría de los consultados. A través de los medios, los empresarios concentran aún más el poder, ya sea porque son sus propietarios o porque imponen condiciones a través del manejo de las pautas publicitarias. Esta alianza les otorga gran capacidad de generar opinión, determinar temas de

la agenda pública e incidir sobre la imagen pública de los funcionarios, partidos políticos e instituciones. Los medios de comunicación son caracterizados como un control sin control, que cumple funciones que exceden el derecho a la información. «Forman la opinión pública, determinan las encuestas y, en consecuencia, son los que más influyen en la gobernabilidad» (un político); «Actúan como suprapoderes [...] han pasado a tener un poder que excede al Ejecutivo y los poderes legítimamente constituidos [...] han reemplazado totalmente a los partidos políticos» (un político).

La mayoría de los líderes de opinión consultados percibe al sector económico-financiero y a los medios de comunicación como los principales grupos de poder. Los medios tienen la peculiaridad de operar como mecanismo de control o límite a las acciones de los tres poderes constitucionales y de los partidos políticos, independientemente de quiénes sean los propietarios de esos medios: «La verdadera vigilancia que se ejerce es la de la prensa» (un periodista). Asimismo, reconocen que actúan como una corporación que define los temas de la agenda pública e incluso delinea la de los gobiernos y los presidentes. En general, los consultados consideran problemática la relación entre los medios de comunicación y los políticos: «Aquí la clase política les teme. Porque pueden deshacer una figura pública en cualquier momento» (un sindicalista); «La forma en que se construyeron las concesiones y los intereses con los que se tejió toda la estructura de los medios de comunicación, los tiene convertidos en un poder» (un político). Para algunos, sin embargo, la influencia que ejercen los medios es

positiva: «Gracias a los medios todavía podemos estar hablando de democracia» (un empresario). Valoran su rol fiscalizador: «Está claro que si no fuera por la vigilia de la prensa, las cosas serían mucho peores. La prensa sofisticada los mecanismos de engaño pero, por otro lado, opera como límite» (un periodista).

El papel que desempeñan Estados Unidos y los organismos multilaterales de crédito (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo...) como factores de gran influencia son mencionados por aproximadamente la mitad de los consultados. Señalan la injerencia que los organismos tienen sobre las cuestiones internas y la pérdida de autonomía. La dependencia aparece expresada en las prioridades de la agenda pública, particularmente en la coincidencia entre las sugerencias ofrecidas por estos organismos y las pautas de reformas económicas previstas en el corto y medio plazo: «El rumbo, la dirección, los ritmos de la cosa están predeterminados por condicionamientos externos [...] con el FMI, con los bancos, con el BID» (un periodista); «El visto bueno del Gobierno de Estados Unidos ante los organismos multilaterales es esencial. Sin una visión favorable del FMI, del BM y del BID, la economía del país colapsaría a corto plazo, por la situación de endeudamiento... La ayuda norteamericana es vital para la correlación de fuerzas interna en este periodo» (un político); «La política económica no es manejada democráticamente [...] Hay una sola pauta para la región. Y el que quiera salirse de eso tiene que enfrentarse con que no puede hacerlo, o si lo hace, lo hace a su propio riesgo. Ésta es la limitación del carácter internacional y

global de los vectores económicos» (un alto funcionario); «La gente vota y las instituciones que surgen de ese voto facilitan las decisiones que vienen tomadas de otro lado [...] Gradualmente se van allanando las fronteras en aras de esos poderes fácticos que hacen que las decisiones del Parlamento, del poder ejecutivo, de la Justicia, de cada jurisdicción sean más bien retóricas» (un periodista).

Si bien los consultados reconocen la influencia de estos poderes, algunos consideran que el poder político mantiene capacidad de autonomía: «El desafío es cómo adaptar las instituciones democráticas a la existencia de los poderes fácticos. Probablemente no haya ninguna manera de institucionalizarlos, sino que hay que saber que existen, que influyen y que esas influencias pesan» (un político).

La mitad de los consultados considera que las Iglesias tienen influencia, aunque decreciente respecto del pasado. Se señala que la expansión de las Iglesias evangélicas está minando el poder de las católicas: «Creo que la Iglesia católica todavía continúa siendo la hegemónica [...] Los sectores más conservadores se fortalecieron, los que más avanzaron son algunos grupos pentecostales, evangélicos que hoy tienen gran influencia, porque controlan medios de comunicación [...], tienen un discurso que atrae a las personas como solución a sus problemas y que es extremadamente alienante desde el punto de vista de la conciencia democrática [...] La gente no necesita participar para construir la democracia, tiene que ir allí a rezar y Dios sabe lo que hace. Además, esas Iglesias se están transformando en un poder económico

extraordinario» (un líder de la sociedad civil). En algunos casos se citan autoridades de la Iglesia católica, que en épocas de campaña electoral expresan opiniones políticas en sus homilías: «Ellos son los que en la campaña electoral, desde el púlpito, van a influir o insinuar por quién votar» (una política); «Esto ha significado que la Iglesia católica no ejerza sólo una función estrictamente pastoral sino que adicionalmente ejerza una influencia real en el proceso de la toma de decisiones políticas» (un funcionario de alto rango).

El sindicalismo es reconocido por aproximadamente un tercio de los consultados como factor de poder, de modo particular por su capacidad de veto a través de presiones y movilizaciones, así como por su influencia en la construcción de la agenda pública relativa a temas laborales; se menciona en especial a los sindicatos del sector público, resaltando su vinculación al poder político, al mismo tiempo que se alude a los del sector privado como factor de poder decreciente.

El peso de los poderes ilegales constituye, según este sondeo, una especial preocupación en algunos países. Estos grupos están relacionados con todo tipo de actividades ilícitas: tráfico de drogas, contrabando, prostitución, juego clandestino, etcétera: «Algunos sectores del crimen organizado son un poder creciente. En grandes centros urbanos muy vinculados al tráfico de drogas, cuentan con el brazo de los policías y con otros recursos como el dinero abundante. Entonces, ese poder es realmente una amenaza a la democracia» (un empresario); «En la próxima elección se van a presentar por primera vez, en forma directa, representantes directos de esos

grupos mafiosos. Antes tenían sus contactos con el poder político, ahora tienen sus representantes. En las listas de candidatos a senadores y diputados podemos reconocer, por ejemplo, al hijo, al yerno, al cuñado y en algunos casos, hasta al propio líder del grupo mafioso [...] Son los grupos de mayor influencia y de mayor capacidad de maniobra en operaciones al margen de la ley relacionadas con la falsificación, es decir, todo el comercio de frontera y ese tipo de actividades que son las que dan mayor lucro en la actualidad en nuestro país» (un alcalde). Se destaca la influencia que estos grupos ejercen sobre los poderes del Estado y sobre las empresas: «En ciertas zonas donde hay una producción importante de coca, el narcotráfico tiene influencias, desde luego turbias, secretas, a través de la corrupción de las autoridades» (un presidente); «Se trata de un poder agresivo, antidemocrático y terrible [...], compra todo, jueces, fronteras, policías, instituciones enteras» (un funcionario de algo rango).

El PNUD resalta que la influencia de los grupos ilegales ha sido favorecida por los cambios en la economía y por un Estado anémico, al que pueden permear: «Estos grupos extralegales tienen el poder que tienen porque hay un Estado débil, unas instituciones desprestigiadas como el Congreso [...] En un alto porcentaje, el narcotráfico fue capaz de corromperlas, y siguen corruptas [...] En el Congreso sigue habiendo gente pagada por el narcotráfico que llegó a corromper la cúpula de los partidos tradicionales [...] Son las fuentes de financiación de la insurgencia y los paramilitares» (un sindicalista).

Hay una parte cualitativa del sondeo citado, que cobra significación por quienes lo contestan: son los testimonios anónimos de quienes han sido o son presidentes y vicepresidentes (en adelante, «los mandatarios») de América Latina. Sus reflexiones están íntimamente ligadas al ejercicio concreto del poder político en su máxima expresión institucional. Los mandatarios consultados analizan el ejercicio de la presidencia frente a la presión de diversos poderes fácticos; al abordarlo aparecen referencias y reflexiones de carácter personal en torno a la capacidad de imponer decisiones: «Al ejercer la presidencia no me sentí muy presionado. Tal vez porque estábamos empezando, porque la base de sustentación del gobierno democrático tenía mucha fuerza; tal vez porque, sin falsa modestia, la gente me conoce, y sabían que a mí no me iban a presionar». Pero, por otro lado, es una característica de la experiencia de gobierno de los mandatarios la presión ejercida por poderes extraterritoriales, centrados fundamentalmente en el Gobierno de Estados Unidos y los organismos multilaterales de crédito. Las presiones sobre la autonomía de las decisiones presidenciales son valoradas negativamente en todos los casos. Según varios mandatarios consultados, «es un poder ejercido de manera negativa, es el poder de perturbación más que de decisión»; «estamos totalmente condicionados, nos imponen las reglas [...], los Gobiernos soberanos están dependiendo de la calificación de una agencia privada de riesgo, de la decisión de un organismo internacional, “te ayudo o no te ayudo”»; «Los Gobiernos tienen más limitaciones para ejercer el poder. Hemos perdido capacidad de decisión nacional, puesto que los organismos

internacionales de crédito establecen condiciones que atentan contra el propio crecimiento y, en fin, contra la democracia cuando se lesionan derechos humanos fundamentales»; «Tú tienes entonces un presidente de la República, con una presión bilateral brutal y con una influencia de la cooperación internacional, no diré brutal, pero sí muy significativa»; «Los organismos bilaterales, con sus exigencias por seguir modelos y programas determinados, con condiciones políticamente inviables, no son responsables ante el resultado político que esas obligaciones traen, que te imponen [...] O sea, viene un burócrata internacional y, siguiendo las directivas de su organismo, marca una línea y después ese señor cumple su misión y se va».

De todos los poderes fácticos, hay uno con el que los mandatarios conviven en especiales condiciones de tensión: los medios de comunicación. Los mandatarios identifican la intervención omnipotente de los medios de comunicación como un contrabalance a su poder, en la medida en que la opinión pública tiende a orientarse básicamente por la opinión y evaluación que los medios realizan de las acciones gubernamentales: «El medio de comunicación informa, opina, juzga y condena [...] Es un factor de poder que se puede ejercer bien o mal, y que está influido por intereses económicos, por pasiones, por sentimientos y por ideas, y a su vez no está sometido a ningún control [...] Entonces, es por eso que el gobernante se siente hostilizado por la prensa [...] No interesa la coloración del Gobierno, siempre va a sentirse hostilizado». Asimismo, se reconoce a los medios una enorme capacidad para incidir en el destino de un Gobierno:

«La incidencia mediática puede volver inútil una formulación sólida institucional si tiene ataques o rivales desde ese sector»; «La prensa tiene una influencia decisiva sobre el Congreso [...], si la prensa se mueve en contra de una ley, es muy difícil que salga».

A pesar de que los mandatarios valoran el papel de los medios como control del poder, ellos evalúan con cierta inquietud el creciente papel que, sin estar sometidos a ningún control, los medios han asumido como expresión de intereses de grupos económicos: «No podemos descartar en este paisaje el papel que han cumplido los medios de comunicación más desarrollados, más profesionalizados en cuanto a las tareas de denuncia y control [...], pero hay también mayor interferencia en el libre discurrir de la vida democrática [...] El gran capital es un factor de poder mucho más real hoy, porque se ha venido apoderando de los instrumentos mediáticos, entonces eso les permite no sólo tener poder, sino ejercerlo». La falta de controles estatales sobre la prensa puede transformarse para los mandatarios en una amenaza a su desempeño. Su crítica se centra en la falta de responsabilidad con que los medios difunden información, avalados por su posicionamiento en el mapa de poder de cada país: «Los medios son de una influencia enorme, quizá los más fuertes y consistentes [...] Caen en la estrategia del sensacionalismo fácil y dificultan la gobernabilidad y la consistencia de gestión [...] No creo que esté claro en la sociedad lo que esto implica. Estuve hablando con mandatarios de la región y todos sentimos el mismo problema».

La presión que los medios ejercen se refleja también en el gran peso que tienen en la construcción de la

agenda pública: «Los medios de comunicación están atravesando un proceso de evolución en el que tenemos una confusión de poder como nunca jamás han tenido en su historia, que es el poder total y la responsabilidad cero [...] Los medios hoy tienen un poder que puede tumbar a un ministro, que puede influir en una política y que está marcando la agenda, a veces en una sobredimensión injusta». Los elementos resultantes de lo ya expuesto aparecen conjugados por un líder que resume las percepciones de no pocos mandatarios de la región: «Los medios de comunicación han pasado a ser suprapoderes [...] vinculados a los sectores económicos, por supuesto, tienen más poder que el poder militar, que el Ejecutivo, que la propia Iglesia y los partidos políticos. Han reemplazado totalmente a los partidos políticos. Se han instalado en el centro de la sociedad, lo que es bueno para el control de los otros poderes pero, al mismo tiempo, si existe un control, ese poder puede convertirse en una inquietante perversión».

Nada más desnudo en el ejercicio del poder que la posesión del célebre maletín nuclear, que llevan consigo a todas partes los presidentes de Estados Unidos y de Rusia. No es una escena de película sino una parte de la realidad. Cuando el último día de 1999, Boris Yeltsin anuncia su dimisión como presidente ruso y traslada provisionalmente (luego de modo definitivo) los poderes al primer ministro Vladimir Putin, los medios de comunicación destacan que el primer acto físico de los dos protagonistas —no es una metáfora— es darse las llaves del maletín negro que activa las ojivas nucleares.

PODER DURO Y PODER BLANDO

Esta iconografía del poder cambia en cada época. Últimamente se ha puesto de moda redescubrir el poder a través de la dureza o blandura con que se ejerce. Un profesor universitario de Harvard, colaborador de los distintos gobiernos de Bill Clinton, Joseph Nye, ha desarrollado la tesis de que las naciones mandan a través de dos poderes complementarios: el poder blando y el poder duro, y lo ha ejemplificado a través de la mayor hiperpotencia de nuestros tiempos: Estados Unidos de América. Su poder blando es el reclamo cultural e ideológico que posee; el duro procede de su fuerza militar y económica. El poder va desde el Producto Interior Bruto (PIB) de un país a su capacidad de atracción. Un poder duro sin parangón es el presupuesto militar de Estados Unidos, superior a la docena de países que le siguen en la clasificación de gastos militares: el presupuesto del Departamento de Defensa norteamericano equivale a los presupuestos militares conjuntos de los 12 o 15 siguientes países, según se mida: aproximadamente entre el 40 por ciento y el 50 por ciento de todo el gasto militar de los 191 Estados del mundo, y en estos momentos no es el mayor de la historia (*sólo* un poco por encima del 4 por ciento de su PIB). El poder militar y económico son ejemplos del poder duro, del ejercicio de mando que puede emplearse para inducir a terceros a cambiar de postura.

El poder blando es una forma indirecta de ejercer el poder: un país puede obtener los resultados que desea en

política exterior porque otros países quieren seguir su estela, admirando sus valores, emulando su ejemplo, aspirando a sus niveles de prosperidad y apertura. En este último caso, más que coaccionar, absorbe a los terceros. El poder blando depende de la capacidad de organizar la agenda política de modo que configure las preferencias de los otros: si yo consigo que tú quieras hacer lo que yo quiero, entonces no tengo que obligarte a hacer lo que no quieres hacer. Si Estados Unidos representase valores que otros quieren imitar, entonces nos costará menos ser líderes, dice Nye.

El poder blando no es otra forma de hablar de influencia, aunque también es influencia; el poder blando también es más que la persuasión o la capacidad de transformar a los demás mediante argumentos. Es la capacidad de atraer y actuar. Y la atracción a menudo lleva a la conformidad o a la imitación. El poder duro y el poder blando están relacionados y pueden reforzarse entre sí; ambos forman parte del potencial para conseguir nuestros propósitos influyendo en el comportamiento de otros. En ocasiones, los mismos resortes del poder pueden afectar al espectro completo del comportamiento, desde la coacción a la atracción. Los resortes del poder blando probablemente se vuelvan más importantes en la era de la información global de este nuevo siglo; a su vez, la arrogancia, la indiferencia ante la opinión de terceros, o la política nacional de mentalidad estrecha que defienden los unilateralistas constituyen una forma segura de debilitar el poder blando.

La antigua Unión Soviética perdió una gran capacidad de su poder blando cada vez que un intelectual

conocido visitaba su vasto territorio y volvía a Occidente denunciando lo que allí había visto. Y seguramente se olvidó del todo del concepto de blandura en relación al poder cuando invadió Hungría y Checoslovaquia, aunque sus recursos económicos y militares (su poder duro) siguieran creciendo. Stalin se inventó un poder blando cuando pretendió hacer de los escritores e intelectuales orgánicos *ingenieros del alma*, encargados de imponer por otros medios los valores y los objetivos de su concepto del comunismo, configurando el *homo soviéticus*. En la novela titulada precisamente *Ingenieros del alma*, su autor Frank Westerman le hace decir a Stalin lo siguiente: «Nuestros tanques son inútiles cuando quienes los conducen son almas de barro. La producción de almas es más importante que la producción de tanques». La representación del poder blando, por excelencia, es el Vaticano, que no posee ejército y cuyo presupuesto es muy reducido en relación con el de las grandes potencias.

LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA

No hay mayor poder que el que emana de la capacidad de poner nombre a los comportamientos, las personas y las cosas. La primera discusión que se genera en España, a mediados de 2005, entre los partidarios de que Cataluña tenga un nuevo Estatuto de autonomía y los que quieren otro texto alternativo, es si Cataluña es una «nación». Debate en parte jurídico y en parte nominalista, que en muchos momentos deja en segundo plano el resto de contenidos del proyecto de Estatuto. Lo explica

mejor que ningún manual Lewis Carroll en su *Alicia a través del espejo*: «Cuando yo uso una palabra, dijo Humpty Dumpty en un tono completamente desdeñoso, esa palabra significa lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos». De ello se dio cuenta mejor que nadie uno de los hombres que mejor representa la ambición de poder, de tomarlo y conservarlo a cualquier precio: Lenin, autor del eslogan «¡Todo el poder para los soviets!». Consciente del valor de las palabras en la lucha por el poder en el seno de la revolución rusa de principios del siglo XX, Lenin se aprovecha de una circunstancia muy puntual para dar a su grupo de seguidores el apellido de *bolcheviques*, es decir, mayoritarios, y bautiza a sus oponentes como *mencheviques*, minoritarios; fija para siempre ese momento mayoritario, inscribiéndolo en el vocabulario habitual, sacando de él una definición intangible en el equilibrio de fuerzas en el seno del Partido Comunista.

Los hombres se sirven muchas veces de las palabras para ocultar sus verdaderos sentimientos, y de las ideas para legitimar sus actos, en ocasiones injustos. Una de las biógrafas más críticas de Lenin, Heléne Carrère d'Encausse, afirma que esta habilidad para quedarse con el lenguaje es reveladora de su voluntarismo y de su falta de escrúpulos, «rasgos que le llevarán a hacerse con el poder y a monopolizarlo». El siglo recién acabado ha sido abundante en líderes que ejercieron como pretendidos salvadores de sus pueblos en nombre del comunismo —Lenin, Stalin, Mao, Ho Chi Minh, Castro, etcétera— o contra él —Hitler, Mussolini, Salazar, Franco...—, pero seguramente ninguno como Lenin

encarna la transformación de la utopía (la de Marx y Engels fue persuadir a las masas de que la falta de poder —la sumisión— no era natural ni inevitable) en un sistema de poder. El poder se descubre más explícito en las dictaduras que en las democracias, en las que la manipulación suele ser más subliminal; en la *nomenklatura* soviética hasta el ciudadano más mediocre podía ejercer una función dentro de ella, y además con una efectividad que nada tenía que envidiar al talento de los verdaderos genios del poder. El poder no es sólo político, y dentro de lo político no es sólo el comunismo; pero haber militado en el comunismo enseña mucho sobre las estructuras del poder.

No por casualidad bastantes de los neoconservadores americanos que mandan hoy en Estados Unidos (los *neocons*) como una verdadera camarilla, tienen antecedentes en el campo del trotskismo, una variante heterodoxa del comunismo. Es imprescindible analizar el poder de los *neocons* en el principio del siglo XXI, dado que son la última sensibilidad ideológica (*last but not least*) que está mandando en el mundo a través de la enorme hegemonía que este grupo tiene en la Casa Blanca.

Hagamos un poco de historia. La década de 1980 fue testigo de una fortísima avalancha ideológica, conocida como la *revolución conservadora*. En el año 1979 Margaret Thatcher en Gran Bretaña, y en 1980 Ronald Reagan en Estados Unidos, accedieron al poder. Y con ellos, sus ideas, sus intereses, sus equipos..., toda una forma de hacer política que llegaba con voluntad de permanecer, con continuidad, no simplemente para instalarse en el poder durante los mandatos legislativos que les

correspondiesen, y luego vuelta a empezar: la *revolución conservadora* no quería marchas atrás en el espíritu general de la época. En este sentido, el *thatcherismo* y el *reaganismo* no sólo han sido testigos del siglo XX sino que influyeron en él de modo decisivo, al menos en su último cuarto.

¿Qué pretendía esa *revolución conservadora*?: un capitalismo con los menos frenos posibles. Sus ideólogos —provenientes más del campo de la economía que del de la filosofía— entendían que el capitalismo de bienestar, hegemónico en el mundo occidental (y sobre todo en Europa) desde la Segunda Guerra Mundial, había acumulado tal grado de ineficiencia (la crisis fiscal del Estado, aunque no sólo) que se había constituido en una rémora: una perversión del sistema. El contraataque de los conservadores —bautizados inmediatamente por sus oponentes como neoliberales— tenía dos etapas: la primera, de carácter más economicista, rebajar la presencia del Estado en la economía reduciendo el Estado del Bienestar y liquidando el sector empresarial público a través de las privatizaciones, de forma que la mayor parte de los ciudadanos deviniesen en propietarios (de inmuebles, pisos, acciones...): sustituir el *capitalismo del bienestar* por el *capitalismo popular*.

La segunda etapa, más filosófica, más pragmática, trataba de conseguir el uso genérico del calificativo de conservador. Hacer de lo conservador lo hegemónico, después de unas décadas en las que las reivindicaciones más centrales y más estables del Mayo del 68 se habían instalado como cultura general en las sociedades occidentales (un sentido laico de la vida; el feminismo; la

ecología; la utopía factible de que el ciudadano, por el hecho de serlo, debía estar protegido en lo esencial desde la cuna hasta la tumba; un grado superior de igualitarismo a través de la escuela —pública—; el desequilibrio a favor de la libertad en el tradicional binomio entre esa libertad y la seguridad, etcétera). La señora Thatcher se veía a sí misma como una revolucionaria que estaba iniciando un levantamiento contra quienes ostentaron el poder hasta esos finales de la década de 1970, en la administración del Estado, la educación, la vida intelectual y la política; evidentemente, desde su punto de vista se incluían las fuerzas organizadas de lo que quedaba del movimiento obrero. Su revolución, como la de Reagan en Estados Unidos, reconocía que su meta era la restauración: buscaba restaurar el *ethos* nacional, socavado por el progresismo secular.

El politólogo americano Norman Birnbaum niega la canalización del calificativo «revolucionario» aplicado a los conservadores; dicho término se ha devaluado profundamente en el lenguaje político contemporáneo. Parece haber revolucionarios por todas partes, incluso bajo ese disfraz tan improbable de rígidos defensores del libre mercado. El hecho de que los oponentes al Estado del Bienestar se denominen «revolucionarios» es, tal vez, una muestra de cuán cabalmente se convirtió en el modelo dominante en la política occidental moderna. Surgido de la corriente moderada o secularizada del socialismo, el Estado del Bienestar es en sí cualquier cosa menos una estructura revolucionaria, aunque en sus orígenes representase un firme rechazo a la brutalidad del mercado. «¿Por qué», se pregunta Birnbaum, «sus

antagonistas más elocuentes, que afirman representar un orden social más natural y sublime, se autodenominan “revolucionarios” cuando si algo son es contrarrevolucionarios?».

Durante los años de la *revolución conservadora* sus postulados se hicieron tan asfixiantes que devinieron en lo que se llamó *pensamiento único*, una tendencia ideológica consistente en una mezcla de conservadurismo político y moral, y de liberalismo económico. El pensamiento único interpretaba la realidad social en clave economicista, identificaba la democracia con el mercado, convertía la solidaridad en subsidiaria del valor supremo de la eficacia, y reducía al ciudadano, en muchas ocasiones, a mero recurso humano. Fue la ideología que predicó el fin de las ideologías y el fin de la historia; la ideología dominante que se presentaba a sí misma como natural y que, como tal, se exhibía como indiscutible y como entorno en el que no podían participar más que los expertos por lo que, de paso, eliminaba un problema de gobernabilidad de quienes exigían intervenir en los asuntos públicos. Durante unos años, la presencia de ese pensamiento único fue abrumadora en los gobiernos, en los organismos multilaterales (FMI, BM, OCDE...), en los servicios de estudios de los bancos centrales o privados, o de las patronales, en los departamentos universitarios, en los laboratorios de ideas, o en la mayor parte de los medios de comunicación más influyentes de la opinión pública occidental.

En los *felices noventa* (el calificativo es de Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía) los preceptos de la *revolución conservadora* —Estado en retirada y conservadurismo

político— siguieron siendo dominantes, aunque quedaron atenuados por las circunstancias. Sobre todo por la ausencia de los republicanos de la Casa Blanca después de los dos periodos legislativos de Reagan y del único periodo de George Bush I. Aunque el Partido Demócrata, con Bill Clinton a la cabeza, no es rupturista con sus antecesores, sí incide más en otros valores y es más multilateralista en sus expresiones económica y de política exterior. Esos tiempos permiten una mayor disidencia en el pensamiento y en las explicaciones prácticas de la política económica. Fruto de esa disidencia es otra circunstancia que palía el poder hegemónico de los postulados conservadores: la emergencia del movimiento antiglobalización y de una opinión pública global muy crítica con esos postulados. Los altermundistas se manifiestan a favor de una globalización alternativa que incorpore valores políticos, de los derechos humanos, ecológicos, una justicia global, etcétera, a través de movilizaciones multitudinarias, y logran introducir en la agenda política de los que mandan un orden del día alternativo: la persistencia de la extrema pobreza en amplias zonas del mundo en las que la globalización es un concepto retórico y, sobre todo, la ampliación de las brechas de desigualdad entre ciudadanos, países, de género, lo digital, etcétera.

Durante la década de 1990 (en esencia los dos mandatos de Clinton en la Casa Blanca), los principales teóricos de lo conservador tuvieron que abandonar la Administración y volver a trabajar en sus *palacios de invierno*: empresas, organismos multinacionales, fundaciones conservadoras, laboratorios de ideas, etcétera. Desde allí vieron el fulgor de la *nueva economía*, proceso de crecimiento

espectacular de la productividad a través de la utilización masiva de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), revolucionadas por la comercialización de Internet y lo digital. Mientras esto ocurría, los teóricos conservadores preparaban su vuelta al poder y actualizaban sus herramientas analíticas a la *nueva economía* y al nuevo siglo. Así, los teóricos de la *revolución conservadora* de la última parte del siglo XX se transmutarán en los neoconservadores (*neocons*) del primer tercio del siglo XXI. Coincidiendo con la nueva centuria y el nuevo milenio, y en unas elecciones muy accidentadas, el republicano George W. Bush, Bush II, llega a la Casa Blanca, en donde se instalará para dos mandatos.

Los primeros tiempos de Bush II —un hombre que no había salido nunca de Estados Unidos, excepto para su viaje de estudios— resultan aparentemente inocuos. Ha llegado al poder con un programa típicamente neoliberal, aunque con aristas preocupantes por su carácter unilateral: renuncia al Protocolo de Kioto, que limita las emisiones venenosas al espacio, y que había firmado Clinton; no acepta el programa antiminas personales, para acabar con esa arma de destrucción masiva que mata y mutila a los inocentes; deslegitima a la Corte Penal Internacional, germen de la globalización jurídica... Un programa netamente derechista, pero sin la potencia ideológica del *reaganismo* o el *thatcherismo*. Desde el primer momento rodea a Bush una camarilla de gente reunida por su vicepresidente, Dick Cheney (al que dotará de más poderes reales de los que nunca tuvo un vicepresidente en Estados Unidos), cuyas características comunes todavía no se habían desvelado públicamente: son los

neocons. Estos *neocons* coexistirán con los funcionarios y el aparato tradicional del Partido Republicano, que se ha trasladado a Washington para gobernar. El analista William Polk, ya citado, que fue miembro del equipo del presidente demócrata John Kennedy, ha escrito que en la Casa Blanca de Bush II han coexistido cinco grupos: el Partido Republicano, compuesto por el presidente, los cargos electos, sus partidarios en el Congreso y el asesor principal de Bush, Karl Rove, de quien se ha dicho que su única ideología era lograr lo mejor para el partido; el núcleo del Partido Republicano que se identifica con la política que beneficia a las grandes empresas, y que dirige el vicepresidente Cheney; los defensores del resurgir del fundamentalismo cristiano, también representados por Bush, que no cree en las intermediaciones con Dios (según Kevin Phillips, en *American Dynasty*, Bush ha logrado unir en una misma persona la cabeza de la derecha religiosa y la del presidente de Estados Unidos); los *neocons*, con docenas de personas, que han evolucionado desde el trotskismo hasta la derecha radical, que sobre todo han dominado el Departamento de Defensa (con Ronald Rumsfeld); y los sionistas cristianos, que atizaron el fuego contra Afganistán e Irak, y si las cosas les hubieran ido bien hubieran pretendido hacerlo luego contra el resto de los países del *eje del mal* (Siria, Irán, Corea) y son los mejores aliados del Estado de Israel y de los dirigentes del Likud como Sharon (hasta que abandonó ese partido) y Netanyahu.

Entonces llegan los atentados del 11 de septiembre de 2001. Estados Unidos ha de reconocer lo que nunca desde Pearl Harbour hubiese creído: que es vulnerable.